



The Library  
of the  
University of North Carolina

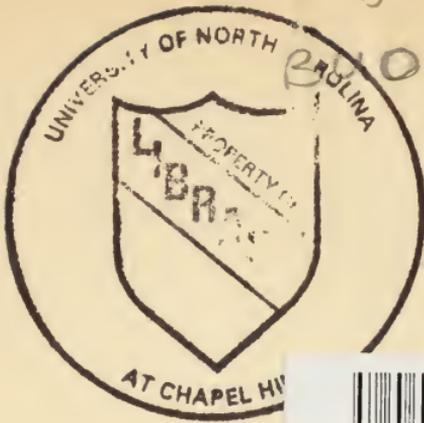


Endowed by The Dialectic  
and  
Philanthropic Societies

~~862.8~~

~~T 255~~

~~v. 30~~



PQ6217  
.T44  
vol 30  
no 1-19



PQ6217  
.T44

EKS  
FIVE  
out on

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

**BUILDING USE ONLY**

PQ6217  
.T44  
vol. 30  
no. 1-19



*Pennismonda.*

---

*Ariza*



# REMISMUNDA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenada en el Teatro Español el 25 de Noviembre de 1850.



N.º 23/4.



MADRID.

Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 35.

1854.



AL SEÑOR

**DON MARIANO ROXAS,**

en muestra de amistad,

**Juan de Ariza.**



Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominación, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

**PERSONAS.****ACTORES.**

REMISMUNDA. . . . .	DOÑA BÁRBARA LAMADRID.
GALA PLACIDIA. . . . .	DOÑA TEODORA LAMADRID.
ATHAULFO. . . . .	DON CÁRLOS LATORRE.
SIJERICO. . . . .	DON JOSÉ CALVO.
EURICO. . . . .	DON ANTONIO PIZARROSO.
VERNULFO. . . . .	DON ANTONIO ALVERÁ.

THEOLINDA, *niña de cinco años, que no habla.*—GUERREROS.

La escena en un salon del palacio de Athaulfo en Barcelona.—Epoca: desde las cinco de la tarde á las doce de la noche del 3 de setiembre de 415.

# ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Athaulfo en Barcelona, con dos puertas colaterales y tres en el fondo; de las cuales las de los lados comunican con sus respectivas galerias; y adornado al gusto romano de la época.

## ESCENA PRIMERA.

ATHAULFO.—EURICO.

ATHAUL. ¿Qué meditas, Eurico? Tu silencio cada vez más solenne, mas profundo, á mis ojos presenta en mudo idioma, tu inquietud, tu cansancio, ó tu disgusto.

EURICO. Señor.

ATHAUL. Desde que el cetro entre mis manos á la fortuna colocar le plugo, departiendo contigo los negocios, escuché reverente tus discursos. Por tu grande saber y por tus canas mereces, bien lo sé, respeto sumo; pero sabes tambien, que á tus consejos, la obstinacion se rinde de Athaulfo. Habla, pues.

EURICO. ¡Oh señor! De la lisonja los cortesanos hacen vil estudio: á quien la adulacion tan mal asienta,

dejad en su prudente disimulo.

ATHAUL. Te pido la verdad.

EURICO. ¡Oh! su lenguaje  
inflexible, señor; severo, duro,  
á quien se asienta sobre escelso trono  
mal sonante parece é importuno.

ATHAUL. Mezclada con la miel de la lisonja  
un tósigo mortal se bebe oculto,  
y en su hiel la verdad al alma lleva  
bálsamo bienhechor ó néctar puro.

EURICO. Hablaré, si lo mandas; pero antes  
sabe...

ATHAUL. Nada prevengas : ya te escucho.

EURICO. Cuando, muerto Alarico, sus guerreros  
á su trono te alzaron con orgullo,  
¿Qué esperaban de ti?... ¿Callas?... Victorias.  
Que llevaras á cima uno por uno  
del noble antecesor los vastos planes :  
que blandiendo la espada furibundo,  
desde Roma á Bizancio el nombre godo  
sonara con horror: que en sus sepulcros  
los manes de los Césares temblaran,  
de Pompeyos, Scipiones, y de Brutos:  
que marcara con hierro tu caballo  
de polo á polo la extension del mundo.  
Tu alazan refrenando en la carrera,  
te ven, amante, desdeñar los triunfos;  
y esclavo humilde al pié de una romana,  
pretesto das, señor, á sus murmullos.

ATHAUL. Al alma fatigada no conceden  
de placer ó descanso un solo punto.  
Murmuran porque el cielo no me ha dado  
corazon de pantera, ni de estuco.  
Murmuran... en las margenes del Brento  
me levantan por rey sobre un escudo,  
y planeta de muerte por las Galias  
con la espada teñida en sangre cruzo.  
Jovino y Sebastian son el presente  
que ofrece mi valor á Honorio Augusto,  
y, pagando cabezas de traidores,  
provincias del imperio son los suyos.  
Rotas las treguas, brillan las espadas  
y legion por legion, muro por muro,

sin un reves con mi triunfante hueste,  
al escape tambien, tomo ó destruyo.  
¿Hice poco quizá?

EURICO.

Mas esperaban:

en la paz del romano quedas súbdito,  
y los godos pretenden que la tierra  
rinda á sus plantas perennal tributo.  
Tú, general invicto, las batallas  
buscaste con ardor; bravo, iracundo  
disipabas las huestes imperiales;  
cual furioso huracan al débil nublo:  
tú...

ATHAUL.

General, buscaba los laureles;  
Rey, la felicidad del pueblo busco.  
Entonces de las águilas romanas  
el vuelo sujeté; turbion de humo  
huyeron sus legiones, y mi acero  
bañado en sangre se mostró hasta el puño:  
hoy de la errante tribu de soldados,  
territorio y hogares aseguro.  
Ayer, el brazo, obrar fué mi destino;  
hoy, la cabeza del estado, juzgo.

EURICO.

¡Ay! si los miembros, de la paz cansados,  
rebeliones promueven y disturbios.

ATHAUL.

Tú ¿conspiras tambien?

EURICO.

Señor, mi vida

consagrada durante doce lustros  
al consejo y la guerra, pertenece  
de los godos al rey, mi lábio mudo  
quiso quedar; siguiendo tu mandato  
digo: que los guerreros en confuso  
clamor, piden batallas; y los pueblos  
que al cetro rinden venerando culto,  
se transforman en mares irritadas  
y coronas arrastran en su flujo.

ATHAUL.

A mi sien no refresca la corona:  
si es grande su valor, su peso es mucho:  
¿Qué me importa perderla con la vida  
si de monarca los deberes cumplo?  
*Guerra* piden los gefes ambiciosos,  
buscando en la conquista opimo fruto,  
y á su empuje se chocan las naciones  
víctimas una vez y otra verdugos.

*Paz* pide el labrador que con afanes  
baña en negro sudor esteril sulco,  
y al pan con que á sus hijos alimenta  
la sangre de sus venas presta jugo.  
¿Nada dicen los ayes lastimeros  
de cien y cien valientes moribundos,  
por un palmo de tierra conquistado  
que apenas dá cabida á sus sepuleros?  
Todo es horror, Eurico: en negra sangre  
brotan las espadañas y los juncos,  
y carnívoros buitres se alimentan  
con miembros de soldados insepultos.  
Si guerra piden... ¿Qué rumor?...

EURICO. Los gefes.

No irrites su furor.

ATHAUL. Soy Athaulfo.

## ESCENA II.

ATHAULFO.—EURICO.—SIJERICO.—GUERREROS.

SIJER. Señor, los que en las márgenes del Brento  
sobre el pavés monarca te aclamaron,  
y de lealtad el noble juramento  
con torrentes de sangre confirmaron,  
llegan á ti.

ATHAUL. ¿Qué piden?

SIJER. ¡Guerra!

GUER. Guerra!

ATHAUL. ¿Guerra al vándalo?

GUER. A Roma.

ATHAUL. No, guerreros:

tiñe sangre romana los aceros,  
y sangre brota por do quier la tierra.  
La perfumada alfombra de la Italia  
manchas de sangre por do quiera tiene,  
y el raudal que dejamos en la Galia  
sulcos abre en los hielos del Pirene.  
Aun tiembla el brazo del mandoble rudo;  
la sangre el filo de la espada embota;  
la piel de fiera se conserva rota;

- roto los cueros del ferrado escudo.  
SIJER. Pero el corazon late con fiereza,  
sangre en las venas del guerrero arde,  
verterla en las batallas juzga tarde,  
que el valor es del godo la nobleza.  
Ansia acampar en la soberbia Roma;  
abrevar en los termas su caballo;  
domada ver á la que al mundo doma  
y al pueblo rey mandar como á vasallo.  
Señor del encumbrado Capitólio,  
dictar al mundo desde Roma leyes,  
y hacinando los tronos de cien reyes  
el escabel hacerlos de tu sólio.
- ATHAUL. Al blandir, capitanes, el acero  
la vista del peligro no me aterra;  
mas no quebrantaré nunca el primero  
la paz que haya jurado.
- GUER. Guerra, guerra.
- ATHAUL. Guerreros, vedme bien. Mi diestra armada  
por nuestra gloria combatió, no en vano,  
y en la ardorosa sangre del romano  
lunta hasta el pomo se mostró mi espada.  
En tanto que las riendas del estado  
dirija, sucesor de nuestros reyes,  
no sufriré jamás las duras leyes  
que un capitan me imponga ó un soldado.  
Nuevos dominios que regir, anhelo;  
tengo ambicion de inmarcesible gloria;  
águila audaz levantaré mi vuelo,  
en mis garras llevando la victoria.  
Mas si pensais que con enojo insano  
en mí lograreis ver de temor muestra,  
es locura intentarlo; antes mi diestra  
uniré con la diestra del romano.  
(Se entra Athaulfo por la derecha y los guer-  
reros se retiran.)

### ESCENA III.

EURICO.—SIJERICO.

SIJER. ¿Oyen estas paredes?

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Ni una palabra mas: anciano, ¿juras ayudarme á cumplir mis santos votos ó el secreto guardar hasta la tumba?

EURICO. ¿Qué pretendes de mí?

SIJER. Pasé á tus brazos,

amigo de mi padre, de la cuna,  
y jamás separarnos consiguieron  
de los combates la sangrienta furia,  
el rigor inflexible de los hados,  
ni el voluble favor de la fortuna.

El primer arco que dobló mi diestra  
á mis manos pasó desde las tuyas,  
y los precoces triunfos de mancebo  
los debo á tus cuidados y á tu ayuda.  
De cien nobles guerreros descendiente,  
que con sus hechos á á la Gotia ilustran;  
la sangre de cien héroes heredada  
por mis venas purísima circula,  
y henchido el corazon de santo fuego  
romper la cárcel que le encierra busca.

EURICO. Recuerdo de tus nobles ascendientes  
el pundonor, la gloria, la bravura,  
y el eco aterrador de sus hazañas  
en dilatados ámbitos retumba.

Los seculares bosques de la Gotia  
presentan en su lóbrega espesura  
rústicos y sencillos monumentos,  
que en toscas piedras su valor anuncian.  
Sé tambien, Sijerico, que tu espada  
en palpitantes senos se sepulta,  
formidable segur que al viejo tronco  
de un solo golpe sin piedad derrumba.  
Pero aunque tu valor y tu nobleza  
conozca bien...

SIJER. Perdona que interrumpa,

Eurico, tu discurso; no me es dado tener hoy de escucharte la ventura. Propicia es la ocasion, el tiempo vuela: te pedí un juramento, ¿lo pronuncias?

EURICO. Mas antes, Sijerico...

SIJER. No es posible escuchar por mas tiempo tus escusas. ¿Juras, anciano, ó no?...

EURICO. Pero... si...

SIJER. Eurico, niega ó concede.

EURICO. Juro...

SIJER. Pues escucha.

Cuando en el hondo cauce del rio Brento cavamos á Alarico sepultura, con el oro formándole de Roma gloriosa y memorable catacumba, mil valientes guerreros desearon sobre mis hombros colocar la púrpura, y otros mil á las sienes de Athaulfo allí ciñeron la corona augusta.

Anhelaba el poder, la ambicion noble, cauteloso envilece quien la oculta, pero ahogué con mi diestra de gigante los celos, el despecho y la amargura.

Antes que promover la civil guerra humillo mi cabeza á la coyunda, y yo levanto con mi propio escudo al odiado rival que de mí triunfa.

Satélite de un astro corro, Eurico, llagado el corazon, la lengua muda; y á mis golpes la sangre de los galos el patrio suelo murmurante sulca.

En la Galia...

EURICO. ¡Silencio!

SIJER. No: en la Galia...

EURICO. ¡Silencio, Sijerico!

SIJER. ¡Nunca, nunca!

En la Galia, la espada de Athaulfo, atiende, atiende bien, tiñó su punta en la sangre de Saro...

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Aun la miro humear: todo se anubla,

anciano ante mis ojos: veo un cadáver,  
toco su ensangrentada y rota túnica,  
y oigo una voz que grita: «¡soy tu hermano!»  
«venga tu sangre, véngala:» murmura.  
¡Sijerico!

EURICO.  
SIJER.

La voz se fué perdiendo,  
como entre los escollos rota espuma,  
y yo busqué la muerte en los combates  
como término honroso á mis angustias.  
El rey godo triunfaba, los romanos,  
amedrentada, envilecida turba,  
de los montes huyendo descendian,  
para huyendo dejarnos las llanuras.  
La inmarcesible gloria de Athaulfo  
un instante me ciega ó me deslumbra,  
y yo mismo...

EURICO.  
SIJER.

¿Perdonas?

No: dilato  
vengar, Eurico, la sangrienta injuria.  
Triunfa el Rey: vencedor llega á Narbona,  
y del lecho arrojando á Remismunda,  
su diestra con la diestra de Placidia  
en nudo eterno delirante junta.  
Al pié del nuevo tálamo el Rey godo  
su bélico ardimento hunde, sepulta,  
y homenaje feudal á Honorio Augusto  
como vasallo vil, rinde y tributa.  
Comprando infames paces, en su honra  
desacordado abrió brecha profunda,  
y el sólido cimiento de mi trono  
empezó á levantarme su locura.

EURICO.  
SIJER.

¡Sijerico! ¿qué has dicho? ¡Calla!

Anciano,

mucho te dije ya.

EURICO.

¿Quieres que incurra  
en infame traicion?

SIJER.

¿Por qué Athaulfo  
fulminea espada que una vez desnuda  
vuelve á la vaina?

EURICO.

A Dios de sus acciones  
el Rey cuenta dará.

SIJER.

No: ya le juzgan  
los mismos que en sus hombros le elevaron

del real poder á la suprema altura.

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Aun resuenan las pisadas  
de los guerreros, que con saña ruda  
pidieron guerra.

EURICO. ¿Y qué?

SIJER. Murió mi hermano;  
ensangrentada ví su vestidura,  
apacé la venganza.

EURICO. ¿Es tu monarca!

SIJER. Y este plazo es preciso que se cumpla...  
No medites: al trono de Athaulfo,  
Eurico, subiré. ¿Te callas? ¿Dudas?  
Ven conmigo, y al punto los guerreros...

EURICO. ¡Huye pronto, infeliz! la amistad pura  
que á tu padre me unió, su ilustre sombra,  
que aparece ante mí, la voz me anudan:  
pero si tardas en marchar, mis lábios  
gritarán: «¡Athaulfo: la iracunda  
tropa de tus guerreros te amenaza,  
cobarde, aleve, infiel, torpe, perjura!  
Empuña, ¡oh Rey! el vengador acero.  
impon castigo á la tremenda culpa.»

SIJER. ¿Tú delatarme?

EURICO. Si.

SIJER. ¿Tú, Eurico?

EURICO. ¿Cuándo  
motivo has encontrado en mi conducta  
para cómplice hacerme en tus traiciones?  
¡Huye! vuelvo á decir... ¿Vacilas? ¿Dudas?...

Oyeme, Sijerico; en Occidente  
ya su brillante carro el sol oculta,  
y sus últimos rayos de los templos  
apenas doran las altivas cúpulas.  
Seis horas pasarán antes que brille  
estrella, cuya luz marca y anuncia  
el tránsito invisible de los días:  
en seis horas dispon tu pronta fuga;  
pues si no estás distante de Barcino,  
será al lucir la estrella tu denuncia.  
(*Eurico se entra por la puerta lateral de la derecha, que corresponde á la cámara de Athaulfo.*)

## ESCENA IV.

SIJERICO.

¡Eurico! ¡Huyes de mí! ¿Por qué mis manos  
no se empaparon en su sangre impura?

Delatarme, ¡traidor él! El amigo  
que en mi infancia meció mi losca cuna,  
impedir quiere que mis lábios toquen  
un cáliz de purísima ventura.

Acariciar tres años una idea,  
sus faces estudiar una por una,  
y, en el momento de cumplirla, un hombre  
la rompe, como el sol liviana bruma.

¡Oh! no, no... Con sus rayos postrimeros  
el astro rey nuestro hemisferio alumbra,  
y cada sombra que la noche lanza  
me quita una esperanza: la fortuna,  
hermana del valor, mil y mil veces  
los temerarios planes asegura.

Mi brazo bastará; tengo un acero.  
Bajo cortinas de brillante púrpura  
en un retrete, que el amor consagra,  
el Rey descansará; y antes que cumpla  
Eurico su amenaza, el pecho aleve  
penetrar puede la acerada punta  
del puñal vengador... Pero cerradas  
quedarán esas puertas... Las columnas  
no bastan á ocultarme... Todo, todo  
contra el misero hermano se conjura.

¿Dejaré mi venganza? ¿El pié del trono  
retiraré cobarde? ¡Nunca, nunca!

O aquí mi trono levantado vea,  
ó soca~~x~~en aquí mi sepultura!

## ESCENA V.

SIJERICO.—REMISMUNDA.

REMISM. Del corazón ardiente sangre brota,  
que en mis venas en lava se convierte.  
Un violento latir al pecho azota:  
¿es de amor ó es anuncio de mi muerte?  
¡Morir...! Dicha inefable!... Mirar rota  
la pesada cadena de mi muerte!  
El llanto del placer tu rostro inunda,  
amante y desdichada Remismunda.  
¿Lloras?

SIJER.

REMISM.

SIJER.

¡Ah!

No pretendas, no, tus duelos  
ocultar, Remismunda desdichada,  
que con el llanto amargo de los celos  
tu encantadora faz miro bañada.  
Airados contra tí los justos cielos  
de homicida dolor blanden la espada,  
y avaro de tu encanto peregrino  
lo marchita con penas el destino.  
Tú, flor que en nuestros bosques seculares  
brillabas con purísimos colores,  
escuchando del ave los cantares  
y el aroma bebiendo de las flores:  
tú, que sin inquietudes, sin pesares,  
eras reina feliz de los amores,  
pálida, melancólica, abatida,  
arrastras entre lágrimas la vida.  
Tú lloras...

REMISM.

No te aflijan mis lamentos.  
¿Por qué te compadeeces de mi lloro  
si guardo, Sijerico, en mis tormentos  
de inefable placer rico tesoro?  
¿Si entre los más horribles sufrimientos  
digo: «soy infeliz, porque le adoro!»  
y en vez de codiciar ventura ó calma,  
por un sueño de amor diera mi alma?

SIJER.

No eres hermana tú de aquel guerrero

que á la Europa domó con faz airada,  
y la frente imperial, bajo su acero,  
de la reina del mundo vió humillada?  
No tienes sangre del caudillo fiero  
que en la vaina jamás guardó su espada.  
y, en el Tíber abriendo inmensa tumba  
á Roma y sus alcázares derrumba.  
Eres la mujer frágil, la infelice  
que del tirano vil besa la planta,  
que al infame verdugo no maldice  
y los tímidos ojos no levanta.  
La que sus penas en secreto dice  
y sucumbe al dolor de pena tanta:  
La que, al triste compás de amargo lloro,  
ruega siempre al monarca.

REMISM. Yo le adoro.

SIJER. ¡Débil!

REMISM.: No, débil no: mujer amante;  
tierna, como la tórtola que gime;  
firme, con la firmeza del diamante;  
esclava de un amor puro y sublime;  
entusiasta, sensible, delirante...  
No digas que soy débil... Dime, dime  
que al fuego del amor blanda es la roca,  
ó lo mas, Sijerico, que estoy loca.

SIJER. ¡Loca!

REMISM.: Sí: ¿mas acaso mi locura  
es crimen? ¿mi frenético arrebató  
vergonzoso delito, por ventura?  
Mi amor será violento é insensato.  
Ofreceré mi vida y mi ternura,  
Sijerico, á las plantas de un ingrato:  
mas mi pasion no es vil y vergonzosa,  
que ante Dios y los hombres soy su esposa.

SIJER. ¡Su esposa! del real tálamo arrojada  
como adúltera infame ó vil manceba.  
¡Su esposa! bajamente despreciada,  
dándote de desden la última prueba.  
¡Su esposa! en el palacio confinada  
donde otra el cetro soberano lleva.  
¡Su esposa! cuando dejas con envidia  
al monarca en los brazos de Placidia.

REMISM. Calla!



sobre el tálamo real lívida vierte,  
y busca por consuelo á su quebranto  
como tú, Remismunda, pronta muerto.

REMISM. Al imperio rendido de su encanto,  
te dueles, Sijerico, de su suerte.

SIJER. Quiero vengar tu afrenta y justo encono...

REMISM. ¿En quién?

SIJER. En quien ocupa el alto trono.

REMISM. ¿En el Rey?

SIJER. ¿Quién marchita tu belleza?

¿Quién pone en humillarte crudo empeño?

¿Quién paga con rigores tu ternera

y tu amor inspirado con desdén?

¿Quién, mostrando de tigre la fiera,  
te ofende, como á esclava airado dueño?

Pereza quien bastarda alevosía...

REMISM. Por su vida mil veces doy la mia!

SIJER. Lloro sin tregua, tu abatida frente  
hunde, esposa infeliz...

REMISM. (*Abatida.*)

Es mi destino.

SIJER. Y en tu pecho sepulta permanente  
dolor, tósigo lento y asesino.

Siga Gala, cual sol en el Oriente,  
en carro de topacios su camino.

REMISM. Calla.

SIJER. Ya tu rival llega, señora,  
póstrate humilde y su piedad implora.

## ESCENA VI.

REMISMUNDA.—GALA PLACIDIA, *que sale por la puerta de la derecha, y viendo á la goda se detiene entre turbada y recelosa. Remismunda se acerca á Placidia con fiereza, pero se calma gradualmente.*

GALA. ¡Ah!

REMISM. Detente, Placidia: ¿por qué temes,  
por qué tiembas, por qué los ojos bajas?  
Mujer soy como tú: seré tu sierva  
si cauterizas mi profunda llaga.

GALA. ¿Qué quieres, Remismunda...

REMISM.

Aunque nacidas

entre fieras y rústicas cabañas,  
las mujeres indómitas del Norte  
para morir de amores tienen alma.  
Yo amé, como á su hijuelo la leona  
en lo profundo de las selvas ama,  
y de mi amado un año, y otro y otro,  
¡oh dicha! tiernamente fui amada.  
Nunca mi hermano de la altiva Roma  
los mármóreos palacios derribara,  
que al desplomarse la ciudad eterna  
brotó de sus escombros mi desgracia.  
¿Para qué referirte uno por uno  
mis celos, mis dolores y mis ansias?  
Tú lo sabes, Placidia: el rey mi esposo  
la cadena nupcial rompe, quebranta,  
y con lazos de flores á ti unido  
mi amante corazón fiero desgarró.  
En jamás te ofendí. ¿Por qué terrible,  
en el hermoso cielo que miraba,  
apareces fatídico cometa,  
y mi desdicha alumbras en tu marcha?  
¡Oh! cuánto he padecido! mis mejillas  
frescas no están, ni tersas, ni rosadas,  
y la luz que mis ojos despidieron  
arde en mi corazón, pérfida llama.  
¡Oh, cuánto he padecido! compadece  
un dolor que á las fieras ablandara;  
vuélveme al que idolatro: es una goda  
la que loca de amor llora á tus plantas.  
(*Se arrodilla.*)

GALA.

Levántate, señora.

REMISM.

No, Placidia.

Suplicante, llorosa, arrodillada  
á tus piés quedaré, y al fin espero  
que atiendas bondadosa mi demanda.

GALA.

Levántate, por Dios: el cielo sabe  
que en vez de tu enemiga soy tu hermana;  
y al escuchar tus penas, Remismunda,  
sabe Dios que quisiera remediarlas.  
Habrás sufrido mucho, lo conozco;  
mas tu duelo á mi duelo no aventaja.

Ví la ciudad de Cónsules y Césares  
al siniestro fulgor de rojas llamas,  
y el hurra aterrador de tus guerreros  
so los dorados techos retumbaba.  
A raudales la sangre del vencido  
el pié del vencedor caliente baña,  
y lahermana infeliz de Honorio Augusto  
cadenas de oro sollozando arrastra.  
Cautiva de los godos, con mi llanto  
regué el florido césped de la Italia,  
y el lúgubre clamor de mis gemidos  
el eco repitió de sus montañas.

Marchando sobre témpanos de nieve  
al estruendo mezclados de las armas,  
desde el Tiber turbaron mis lamentos  
los remotos confines de la Galia.

Tres años esperé; lentos corrieran,  
mecidos por falaces esperanzas.

Vuestra hueste triunfó. Llegué á Narbona.

Compasion, Remismunda. Al pié del ara  
eterno amor juré, pero mis labios  
el santo juramento profanaban.

REMISM. ¿No amabas al rey godo?

GALA. No: mi pecho  
alimentó un amor desde la infancia;  
amor que confundió dos corazones,  
como mirto y laurel tegan sus ramas.

REMISM. ¿Es cierto?

GALA. Remismunda, mis dolores  
á tu acerbo dolor vencen ó igualan,  
únanse nuestras diestras, y en silencio  
corra el turbio raudal de nuestras lágrimas.

REMISM. ¿Huirás del rey, Placidia?

GALA. Soy su esposa,  
y obedecerle mi deber me manda.

REMISM. ¿Su lecho partirás?

GALA. Es mi destino.

REMISM. Nuestras diestras jamás se unirán, Gala.  
¿Sufrir yo que la frente de Athaulfo  
se recline en tu seno; que tus palmas  
acaricien su lengua cabellera,  
mientras amor te brindan sus miradas?  
¡Jamás! ¡Jamás! El tósigo violento

que envenena y calcina mis entrañas,  
brotará por mis labios, por mis ojos,  
en mil torrentes de encendida lava,  
que cenizas no mas en su carrera  
dejarán.

GALA. Remismunda, calla, calla.

REMISM. Esta pasion salvaje de una goda  
no sabe comprender una romana,  
y la mujer amante de los bosques  
á la mujer de la ciudad espanta.  
Sin aliento la tímida cordera,  
lejos del dulce dueño gime y bala;  
la tigre, si la roban un esposo,  
en su busca feroz se hiere y brama.  
No hay dique que sujete su carrera,  
cadenas que no rompa su pujanza,  
y en la caliente sangre de su seno,  
para avivar su sed, tiñe la garra.  
*(Coge el brazo de Gala con violencia.)*

GALA. ¡Piedad de mí!

REMISM. Piedad. ¡Tú la tuviste  
para esconder la penetrante espada  
en mi desnudo pecho? ¡Tú temblaste  
al causar mi dolor...

GALA. Piedad.

REMISM. *(Con feroz ironía.)*

Romana,

eres hermosa, sí: brotan tus ojos  
la pura luz que en el Oriente el alba:  
dulce es tu voz, es mágico tu acento,  
sentidas y amorosas tus palabras.  
Un ángel eres: contrastar no es dable  
el soberano imperio de tus gracias.

GALA. Remismunda.

REMISM. *(Con ironía.)*

Soy buena, soy sensible:

Acaricio la mano que me mata.  
Pero si á tu rival juzgas vencida,  
desecha esa ilusion porque te engañas.  
*(Con fuerza.)*

Mi tósigo un instante se adormece,  
y abre despues heridas mas insanas;  
es la sierpe que estrecha sus anillos

y con mas furia al cazador se lanza.

GALA. Remismunda!

REMISM. (*Con ironía.*)

¿Te aterra mi arrebató?

Mi lábio por hermosa te proclama.

¿Qué mas quieres de mí?

GALA. Piedad.

REMISM. Tú sabes,

que parece la flor mas delicada  
mas pronto; que los mármoles resisten  
(*Sacudiéndola.*)

cual se rompe el burilado nácar.

GALA. Me haces daño.

REMISM. Placidia, á tu lamento  
responde mi siniestra carcajada.

GALA. Piedad te pido por el Dios que rige....

REMISM. Ni él ni yo escucharemos tu plegaria.

GALA. A tus piés me arrodillo.

REMISM. Tú, la bermosa,

¿trémula y triste ante mis piés te arrastras?

Cuán abatida estás, pero no creas

que mi furor destruyes: no.

## ESCENA VII.

REMISMUNDA.—GALA PLACIDIA.—ATHAULFO.

ATHAUL. (*Alzando á Gala.*)

Levanta.

REMISM. No la salvarás, no.

GALA. ¡Piedad!

ATHAUL. (*A Remismunda rechazándola.*)

Detente.

Del ángel de mi amor el rostro baña  
turbio llanto. ¿No ves que gota á gota  
como plomo candente cae en mi alma?

REMISM. Calla, calla.

ATHAUL. No temas, Gala mia.

REMISM. Yo soy tu esposa, yo.

ATHAUL. (*Dirigiéndose con Gala hácia su cámara.*)

Tú eres su esclava.

REMISM. Detente.

ATHAUL. Loca estás.

REMISM. Si; mi locura

crece al sangriento impulso de mi saña.

ATHAUL. Sobre tí mi desprecio se desploma.

REMISM. Truena sobre vosotros mi venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

La decoracion del primero.

## ESCENA PRIMERA.

SIJERICO.—VERNULFO, *empolvado*.

SIJER. ¡Vernulfo!

VERN. ¡Mi señor!

SIJER. A este palacio  
te traje, por mi bien propicia suerte,  
y el cielo, que mis votos desechaba,  
oye por fin mis súplicas fervientes.

VERN. No en vano los hijares de mi yegua  
batí, como á los muros recio ariete,  
si consigo, señor, con afan tanto  
que al fiel esclavo en tu servicio emplees.

SIJER. ¿Has visto al Rey?

VERN. Señor, de su aposento  
acabo de salir.

SIJER. ¿De dónde vienes?

VERN. De Narbona: unos pliegos del monarca  
á Constancio llevé, que con sus huestes  
á marchas regulares se encamina  
hácia la helada cumbre del Pirene.

SIJER. ¿Y á tu mensaje el general romano  
qué respondió?

VERN.

Decirte solo puede  
tu esclavo, que á las águilas siguiendo,  
marcharán á la lid nuestros valientes  
contra Vándalos, Hunnos y otros bravos  
que el mandato imperial desobedecen.

SIJER.

Los Godos, auxiliares de ese Honorio  
Augusto, emperador del Occidente,  
contra Vándalos, Hunnos y Suevos,  
que menosprecian las romanas leyes,  
á las legiones de Constancio unidos  
el laurel ganarán que estrañas frentes  
han de ceñir, sirviendo sus victorias  
de esplendor y poder á estraños reyes:  
y humillados los pueblos que en Iberia  
lucha tenaz sustentan con los Césares,  
sobre los pueblos que á vencer ayudan  
el romano poder caerá mas fuerte.

Feliz revelacion: nuestros guerreros  
comprenderán asi que el rey elemento  
la sangre por su gloria economiza  
y por la agena sin temor la vierte.

Mas despertar no es dado en una hora  
el furor reprimido de los gefes,  
y al correr los minutos de esta noche  
siglos en ellos mi fortuna pierde.

La espada no, el puñal abrir el seno  
de mi enemigo sin tardanza debe.

Remismunda pudiera, Remismunda,  
la corona poner sobre mis sienes,  
y Remismunda mis hermosos sueños,  
mis esperanzas en dolor couvierte.

Vernulfo.

VERN.

Mi señor: vuestros mandatos  
espero fiel esclavo y obediente.

SIJER.

¿A tu antiguo señor, al rey ilustre,  
á Saro, en fin, recuerdas?..

VERN.

Siempre, siempre.

SIJER.

¿Sobre su humilde tumba, qué juraste?

VERN.

Perecer ó vengar su infausta muerte.

SIJER.

¿Antes de media noche del palacio  
entrada franca prepararme puedes,  
sin que alarma produzca mi presencia?

VERN.

¿Hasta dónde, señor, llegar pretendes?

- SIJER. Hasta aquí.  
VERN. Mi señor, guardo una llave...  
SIJER. ¡Oh dicha!  
VERN. Al regocijo no te entregues.  
Una puerta escusada, que da al campo,  
puedo abrirte con ella solamente.  
SIJER. ¿Y esa puerta conduce?...  
VERN. Hasta una bóveda  
de húmedas y espesísimas paredes.  
SIJER. ¿La bóveda siguiendo...  
VERN. Una escalera  
encontrarás, señor.  
SIJER. ¿Y cuando llegue  
á su término?  
VERN. Entonces, un postigo  
tus pasos detendrá.  
SIJER. ¿Podré romperle?  
VERN. Dobles tableros de nogal, clavados  
y curtidos con lluvias y con nieves,  
sujetos con forjada cerradura  
al empuje de un hombre nunca ceden.  
SIJER. ¿Y esa puerta?  
VERN. La entrada facilita  
á un corredor, que lleva hasta el retrete  
de Remismunda.  
SIJER. ¿Si su llave logro...  
VERN. Aquí podrás entrar: Athaulfo duerme  
en la cámara real que allí descubres.  
SIJER. Basta, Vernulfo, basta. ¿Si pudiese  
vencer á Remismunda? Resignada  
sufrir del fiero esposo los desdenes,  
y morir la insensata elegiría  
á la sola sospecha de perderle.  
VERNulfo.  
VERN. Mi señor.  
SIJER. ¿Esas entradas...  
VERN. Guardadas quedan por soldados fieles.  
SIJER. ¿Corromper su lealtad...  
VERN. Es imposible.  
SIJER. ¿Comprándolos con oro?  
VERN. No lo intentes.  
SIJER. Vernulfo.  
VERN. Mi señor, antes que sigas,

sagaz y cauto como es justo advierte  
que si tus planes contra el Rey dirijes,  
sujetándome aquí te comprometes.

SIJER. Has dicho bien, Vernulfo; en mi palacio  
espérame.

VERN. Lo haré.

SIJER. Ruido de gente  
en la cámara escucho.

VERN. Nada temas.

SIJER. Los pasos se aproximan.

VERN. Señor.

SIJER. Vete.

## ESCENA II.

SIJERICO.—EURICO.

EURICO. ¡Aun estás en Barcino?

SIJER. Tu mandato  
irrevocable, y para mí solemne,  
por término me dió la media noche  
y libre soy de obrar hasta que llegue.

EURICO. Pero pisar escusa el régio alcázar  
quien torpes lazos al monarca tiende.

SIJER. Desoyes la razon, ilustre anciano;  
y aunque llevas de sábio y de prudente  
la merecida palma, no rehusas  
que un jóven poco sábio te aconseje.  
Si fuego lento al agua se le aplica,  
al amor de la lumbre se adormece,  
pero al impulso de voraces llamas  
en poco tiempo borbotando hierve.

EURICO. ¿A la traicion renuncias?

SIJER. Tú lo dices.

EURICO. ¡Imposible, imposible!

SIJER. Tú lo crees.

EURICO. Tu lábio se resiste á la mentira.

SIJER. Un hombre bien nacido nunca miente.

EURICO. Hoy blasonas de noble y temerario.

SIJER. Mi valor y nobleza son mis bienes.

- EURICO. Huye ó teme las iras de Athaulfo.  
SIJER. El temerario y noble nunca teme.  
EURICO. Sigüeme.  
SIJER. ¿A la prision?  
EURICO. Te amé en la cuna,  
y fuera de Barcino quiero verte.  
Sigüeme á mi morada: á mi caballo  
pondré con firme mano los jaeces;  
azota sus hijares, Sijerico,  
y á rienda suelta los espacios hiende.
- SIJER. Anciano, al real alcázar te sujetan  
tu amor al rey, tu edad y tus deberes,  
y para estar aqui tengo razones  
que un servidor del Rey justo es respete.
- EURICO. No las sé, Sijerico, y á Dios juro  
que sin adivinarlas me estremecen.
- SIJER. Retirado me hallaba en mi palacio  
resuelto á obedecer sumisamente  
tus órdenes; de parte de Athaulfo  
un mensagero llega y me previene,  
que el benigno monarca de los godos...
- EURICO. Prosigue.  
SIJER. Que el monarca desea verme.  
EURICO. ¿Y acudes á la cita?  
SIJER. Desarmado,  
cual súbdito sumiso y obediente.
- EURICO. ¡Sijerico!  
SIJER. Te juro que no oculto  
espada ni puñal, me entrego inerme  
en manos del monarca.
- EURICO. Bien conoces  
que á traicion el monarca nunca hiere.  
Mi palabra te dí, sabré cumplirla:  
pero ni un solo instante olvidar debes,  
que si al lucir la estrella de Barcino  
los muros no dejaste, voz doliente  
denunciará tu crimen: y su acento  
podrá ser la sentencia de tu muerte.

### ESCENA III.

SIJERICO.

Anciano, para el hombre que ambiciona  
de un odioso rival tomar venganza  
y á su frente ceñir régia corona,  
tres horas son un siglo de esperanza.  
Para el ánimo firme, osado, fuerte,  
que en sus brillantes sueños se abalanza  
en pos de cetro sin temer la muerte,  
tres horas son un siglo de ventura,  
que pueden eternizar propicia suerte.  
Aquí el trono ó aquí la sepultura.  
Tu sangre fresca está, valiente hermano;  
como se lanza el tigre en la espesura  
al javalí ó á tórtola el milano,  
caeré sobre el monarca con encono;  
y al clavar mi puñal en el tirano,  
pondré mi pié sobre su escelso trono.

### ESCENA IV.

SIJERICO.—ATHAULFO.

ATHAUL. Sijerico.

SIJER. Señor.

ATHAUL. ¿Desde que ciño,

sucesor de Alarico, la corona,  
algun guerrero como tú ha gozado  
distincion y poder, riqueza y honra?

SIJER. ¿Señor, desde que gefe de los godos  
acaudillas sus huestes vencedoras,  
alguno, mas que yo, blandió su espada  
mayor parte tomando en tus victorias?

ATHAUL. Ninguno.

SIJER. Pues ninguno llevar debe

mas rayos de tu fúlgida aureola.

ATHAUL. Bien sé que desde Tánais hasta el Brento  
á tu paso quedó la tierra roja  
con la sangre romana, y que lo mismo  
sucedió desde el Brento hasta Narbona;  
á tu empuje rodando los guerreros  
como al del huracan las secas hojas.  
No pido mas valor á quien valiente  
al son acude de guerrera trompa;  
ni en las venas circula de cobardes,  
tú lo sabes muy bien, la sangre goda.  
Pero si pido de lealtad mas pruebas  
á quien solo ha encontrado en mi persona  
un escudo en la guerra, y en las paces  
quien con él parta la radiante gloria.

SIJER. Tus palabras, señor, ofender deben  
á quien desde las selvas de la Gotia,  
soldado de Alarico ó de Athaulfo,  
de fiel guerrero y capitan blasona.  
¿Cuándo al rey ofendi?

ATHAUL. ¿Cuándo? ¿Tan pronto  
olvidas de una ofensa la memoria,  
que no recuerdas la que al Rey hicistes  
y han pasado ¡por Dios! muy breves horas?

SIJER. Sin duda no ofendí, pues las ofensas  
de la mente de un godo no se borran.

ATHAUL. ¿Quién pisó, Sijerico, este palacio,  
acaudillando descontenta tropa?

SIJER. Yo.

ATHAUL. ¿Quién pidió arrogante á su monarca  
encarnizada guerra contra Roma?

SIJER. Yo fui.

ATHAUL. ¿Quién desechando mis razones  
nuevamente insistió?

SIJER. Yo.

ATHAUL. ¿Y aun ignoras  
la ofensa?

SIJER. Si fué ofensa recordarte  
que los valientes godos ambicionan  
por limites tener de sus dominios  
los que el divino Alcides puso á Europa,  
y que grandes deberes al monarca  
impone el régio manto que le adorna,

muchas ofensas, sin temor lo anuncio,  
oirás, Rey de los godos, de mi boca.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Los hijos de los bosques  
alejan de sus lábios la lisonja.

ATHAUL. Y de sus pechos el honor alejan  
cuando muerden la mano que les honra.

SIJER. No te comprendo.

ATHAUL. Yo tambien la cuna  
de encinas seculares á la sombra  
tuve, y á mis gemidos respondieron  
el oso bravo y la salvaje loba.  
Tambien sé, como tú, lejos del labio  
la mentira poner de un godo impropia,  
y á Sijerico, de los gefes gefe,  
de traicion acusan.

SIJER. Hazaña poca  
es para tí, señor, una calumnia  
en mis hombros echar, que no me agovia.

ATHAUL. Sijerico, bien sé que tus palabras  
cubren con apariencias engañosas  
crímenes, que, so máscara brillante,  
ambicion y perfidias atesoras...

SIJER. Y tú, Rey, á las plantas del romano  
arrastrándote llegas, cual las ondas  
de adormecido mar.

ATHAUL. ¡Basta!

SIJER. Te humillas  
y á Honorio Augusto prosternado adoras.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Por lúbricos amores  
á Remismunda dejas, á tu esposa  
y al tálamo nupcial llevas un crimen  
que á crímenes mayores eslabonas.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. ¿No ves que los guerreros  
jamás consentirán ¡oh Rey! que pongas  
tu mano entre las manos de los Césares?  
¿No ves que por sus ojos sangre brotan,  
contemplando en tu lecho una romana,  
cuando en palacio Remismunda llora?  
¿No escuchas cómo mandan que la tregua  
con el emperador Latino rompas,

que abandones á Gala, que recibas  
á la mujer amante que abandonas?  
ATHAUL. ¡Sijerico, jamás! ¡Abandonarla!  
¿Qué has pronunciado? Rios de sangre corran  
entre godos y godos, y levanten,  
como la mar, embravecidas olas.  
Ella es mi luz, mi vida, mi esperanza:  
la estrella amiga que entre nubes rojas  
resplandece ; primero que perderla  
apuraré de tósigo ancha copa,  
y mi pecho desnudo á cien puñales  
presentaré.

SIJER. Los godos.

ATHAUL. ¿Qué me importan?

Vengan á mí, cobardes y traidores:  
tengo espada y un brazo que la abona.  
Vengan ; de su locura despeñados  
rodarán al abismo, airada tromba,  
y torrente sin cauces y sin diques  
quedará roto en empinadas rocas.

SIJER. Te engañas...

ATHAUL. Basta ya.

SIJER. Sin que á mi labio  
con airado ademan silencio impongas...

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Verdades que te aflijan  
escucharás.

ATHAUL. Ya mi paciencia agotas  
¡gefe de los rebeldes! A mis plantas  
postrada tu cerviz veré orgullosa,  
y arrancarte sabré la torpe lengua  
que á un rey y á un bienhechor infame enoja.  
Arrodíllate.

SIJER. Nunca.

ATHAUL. Sijerico,  
á mi mano la espada viene pronta.  
(*Desnudándola.*)

SIJER. (*Presentando el pecho.*)  
Hierre: hermano de Saro soy.

ATHAUL. (*Agitado.*)

¡Silencio!

SIJER. No muy lejos de aquí su sangre brota

ATHAUL. ¡Silencio!

SIJER. Diez mil hombres tú llevabas  
y quince nada mas eran su escolta.

ATHAUL. ¡Silencio!

SIJER. Le mataste.

ATHAUL. Sí, ¡silencio!

SIJER. Frente á frente te dejo con su sombra.

## ESCENA V.

ATHAULFO.

¡Saro, Saro cruel! ¿por qué persigues  
á quien huye de tí? ¡Sombra implacable  
aléjate, detente; no me ostigues  
con pertinaz mirada formidable!

Te hirió, Saro; te hirió mi airada mano  
y te venga roedor remordimiento.

Eras godo: por raza eras mi hermano,  
y puse á tu carrera fin sangriento  
en servicio de Honorio, de un romano.

Tienen razon, aproveché mis brios  
en preparar la ruina de los míos.

*(Pausa.)*

Pero no: tú tambien, Saro, seguiste  
el águila imperial de Augusto Honorio:  
y contra Radagasio le serviste  
su poder encumbrando hasta el emporio:  
y ausilar mercenario del Latino  
heriste á Neobigasto y á Justino.

Tú desnudaste la homicida espada  
contra Alarico, que triunfante asoma,  
y no pudo impedir tu diestra armada  
que ardiera en llamas la soberbia Roma.

Tú al César de Occidente abandonando,  
amigo infiel, en su fatal destino,  
recibes sus tesoros y su bando  
dejas, para seguir el de Jovino.

No me persigas, no: vana porfia,  
culpa tuya antes fué la culpa mia.

*(Pausa.)*

Huye lejos, fantasma, ¿qué pretendes?

:

¿Haces causa comun con mis guerreros?  
¿Tu proteccion á los traidores vendes?  
¿Sus bélicos espíritus enciendes,  
y tiñes con tu sangre sus aceros?  
¿Quieres parte tomar en su perfidia,  
separarme de Roma y de Placidia  
y otra vez conducirme á mis desiertos?  
No lo esperes, fantasma; yo la adoro,  
y no podrán robarme mi tesoro  
airados vivos, ni sañudos muertos.

## ESCENA VI.

ATHAULFO.—GALA PLACIDIA.

GALA. Señor.

ATHAUL. Gala en mi seno cariñoso,  
que palpita por tí, descansa, hermosa,  
y en los amantes brazos del esposo  
dulces lazos de amor recibe, esposa.

GALA. Tu esclava soy, señor.

ATHAUL. ¿Tú esclava mía?  
Eres la luz que mi existencia guía.  
¿Tú esclava? Como el sol en el Oriente,  
sobre brillante trono de topacios,  
puedes correr, hermosa, los espacios,  
y con rayos de luz ceñir tu frente.  
Puedes alzar tu magestuoso vuelo,  
águila audaz, hasta tocar al cielo.

GALA. Gracias, señor.

ATHAUL. ¿Por qué tus negros ojos  
del cielo de mi amor, claros luceros,  
ya tristeza revelan y ya enojos?  
¿Por qué ahogando gemidos lastimeros  
sin que el dolor á mi cariño ceda,  
lágrima turbia en tu megilla rueda?

GALA. Sois para mí, señor, un tierno esposo  
de bondad lleno, de sin par ternura.  
Me brindais los placeres y el reposo...

ATHAUL. A mi lado no encuentras la ventura.  
¿Qué quieres? dí. Tu frente real domina,

como á cabaña rústica el castillo  
que orgulloso se eleva en la colina;  
como á las olorosas y el tomillo,  
reina del monte, la gigante encina.  
Señora de mi amor, ante tus plantas  
verás á cien osados campeones,  
y si el pié en otros reinos adelantas,  
á tus piés postraráuse las naciones.  
Llamaré á mis guerreros iracundos,  
y en tierra, ó á la mar dando mis lonas,  
abriré con la espada nuevos mundos,  
para dar á tu frente sus coronas.  
Y reina de cien mundos...

GALA.

El acero

no brille por mi causa, en sangre tinto;  
en pacífico hogar viva el guerrero,  
pues basta á mi ambicion este recinto.  
No quiero ver ciudades incendiadas,  
como ví, por mi mal, la ciudad mia,  
ni que lloren doncellas desoladas  
con el mismo dolor que yo sentia.  
No quiero que al compas de sus cadenas  
otras mujeres giman en desiertos;  
encontrando motivos á sus penas  
en campos de cadáveres cubiertos.  
Si asentada en lo excelso de tu trono  
temo de tus indómitos vasallos  
la sed de sangre y matadora saña,  
cuánto debo temer su ciego encono  
cuando animen furiosos sus caballos,  
é inunden, mar de muerte, la campaña.  
No contemplaré, no, su marcial brió,  
pues aquí mismo tiemblo, esposo mio.  
¿Te aterrán mis guerreros?...

ATHAUL.

GALA.

ATHAUL.

Sí.

Placidia,

¿vives entre temores...

GALA.

Lo confieso.

Blanco soy de los celos y la envidia.

ATHAUL.

Y de un amor que raya en el esceso.

GALA.

Pero ese mismo amor...

ATHAUL.

Si temes, Gala,  
rústico albergue á nuestro amor señala.

## ESCENA VII.

ATHAULFO.—GALA PLACIDIA.—REMISMUNDA, *que viendo á los dos se detiene á la puerta de su aposento.*

GALA. Señor, lejos de aquí.

ATHAUL. Purpúreo manto

trocaraé sin dolor por toscas pieles;  
mi trono formará tu dulce encanto  
y guirnaldas de rosas mis donceles.

Yo ceñiré tu negra cabellera  
con fragantes coronas de jazmines:  
triscaremos, hermosa, en la pradera,  
y despues en los rústicos jardines,  
cuando el sol se sepulte en occidente,  
sobre mi seno ocultarás tu frente.

Huyamos, Gala.

GALA. No. Bosques umbríos

dieron albergue á tus primeros años,  
y les tienes amor: pasé los míos  
en Roma y á los bosques son estraños.

Me presentas su mágico embeleso,  
su salvaje grandeza y hermosura,  
pero nunca en los bosques, lo confieso,  
podré tener mis sueños de ventura.

Para encontrar hermoso el azul cielo,  
tachonado de estrellas, y el sonoro  
y dulce murmurar del arroyuelo...

ATHAUL. Es preciso adorar como te adoro:  
sentir arder la inestinguible llama,  
que arde en mi corazon.

REMISM. (Cuánto la ama!)

## ESCENA VIII.

ATHAULFO.—PLACIDIA.—REMISMUNDA *al dintel de su estancia.*—SNERICO *que asoma á la puerta del fondo, retrocede para ocultarse.*

ATHAUL. No llores: otra vez lágrima ardiente  
á tu pupila de azabache asoma,  
y su brillo se nubla de repente.  
¿Por qué lloras, Placidia?

GALA. Por mi Roma.

ATHAUL. ¡Siempre Roma! Su nombre es mi tormento,  
y otra Roma es Barcino. Mira, Gala,  
recorre este palacio de aposento  
en aposento, sí; de sala en sala,  
Nada hallarás en él, que la rudeza  
atestigüe del Vándalo y del Godo:  
es romano su lujo y su grandeza,  
romano su esplendor, romano todo:  
y en el ámbito encuentras de Barcino,  
templos, sepulcros del poder latino.  
Por ti; en mis hombros el purpúreo manto  
y no la tósca piel de tigre ondea:  
por ti, á mis huestes doy reposo tanto,  
aunque piden furiosas la pelea:  
por ti, quizás, acerca cruda suerte...

GALA. ¿Qué, señor?

ATHAUL. El instante de mi muerte.

GALA. ¡Oh, qué horror!

ATHAUL. Si al mirar mi pecho herido  
no eres, Placidia, á compasion estraña:  
si de tu pecho exhalas un gemido  
y el llanto del dolor tu rostro baña...

GALA. Señor.

ATHAUL. En el horror de la agonía  
bendeciré tu nombre, Gala mia.

GALA. ¡Oh, por piedad, vivid! ¿Abandonada  
á la merced de bárbaro guerrero  
quedar, sin la defensa de tu espada?  
No morirás, esposo: yo no quiero.

ATHAUL. ¿Me amas, Gala, quizás?..

GALA. Esposo mio. *sculleno*

ATHAUL. ¿Me amas, Gala, perdona: desvario.

GALA. Señor.

ATHAUL. Basta : jamás mi loco empeño  
confundirá de amor nuestros suspiros:  
mi pasion recompensa tu desdeño,  
mas de la envidia á los cobardos tiros  
recibiré la muerte sin enojos,  
si tú por compasion cierras mis ojos. *scull*

## ESCENA IX.

REMISMUNDA *sale furiosa de su estancia, para dirigirse al  
apuesto en donde se han entrado los esposos.*—SIJERICO  
*la cierra al paso.*

REMISM. Detente: tanto amor, tanta ternura  
ahogara un mar de ennegrecida sangre,  
y el fuego que devora mis entrañas...

SIJER. Calla ¡infeliz! y el paso no adelantes.

REMISM. Escuché sus palabras, sus protestas,  
el mar de amor que no conoce cauce;  
y el volcan de mi pecho, Sijerico,  
abrir pretende de una vez su cráter.

SIJER. ¡Infeliz Remismunda! bien conozco  
lo inmenso del dolor que te combate.  
Soy tu amigo, tu hermano, ¿qué deseas?

REMISM. ¡Odio á Placidia!

SIJER. Bien.

REMISM. ¡Quiero vengarme!

SIJER. Vela y te vengaré, triste consorte;  
vela y te vengaré, burlada amante.

REMISM. ¿Me vengarás?

SIJER. Hermana, yo prometo  
á las sagradas sombras de mis padres  
perecer, como bueno, en lo demanda,  
ó de Placidia adúltera vengarte.

REMISM. ¿Cómo!

SIJER. De tus estancias una puerta

dá paso hasta la entrada de una nave  
oscura, y esta noche, Remismunda,  
atravesar me es fuerza sus umbrales.

REMISM. ¿La matarás?

SIJER. Lo juro.

REMISM. ¿Mi venganza?...

SIJER. Cumplida quedará.

REMISM. Toma la llave.

*(Se la dá.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.

## ESCENA PRIMERA.

REMISMUNDA, *sentada en almohadones de púrpura, y Theolinda, niña de cinco años, dormida en su regazo.*

REMISM. Duerme en sueño inocente, beldad mia,  
sin que tu frente empañe densa nube,  
ni las brillantes perlas de tus ojos  
por tus megillas de clavel circulen.  
Duerme, amor que alimentas mis amores  
bajo el abrigo de la real techumbre,  
y tu aliento purísimo en mis labios  
al recio aliento del dolor se adune.  
*(Besándola. Pausa.)*  
Huérfana en el alcázar de tu padre,  
holocausto de amor, víctima ilustre,  
para que luzca tu infantil sonrisa  
no siempre basta que mi amor te arrulle.  
Y en tanto que mis ojos en tus ojos  
buscan de claro sol la pura lumbre,  
y mi labio en tus labios virginales  
de rosa matinal rico perfume,

con ahogados lamentos, amor mio,  
mis engañosos sueños interrumpes.

*(Pausa.)*

¡Qué hermosa estás! Tu rostro de azucena  
matizan por do quier venas azules,

*(Abrazándola.)*

y en un mismo latido, en uno solo  
nuestros dos corazones se confunden.

A tu lado, dulcísimo embeleso,  
cuántos fantasmas pavorosos huyen,  
y, Sisifo incansable, la atroz carga  
de mi eterno dolor llevo á la cumbre.

*(Se levanta.)*

Duerme, divino amor de mis amores,  
sin que mis ayes tu reposo turben,  
ni turbio llanto de tus negros ojos  
en copioso raudal empañe el lustre.

*(Pausa.)*

„Vela y te vengaré, burlada amante,“  
repite de esta estancia el eco lúgubre.

„vela y te vengaré.“ Morirá Gala...

Bajo mi planta el pavimento cruje  
al pensarlo. ¿Y si el fiero Sijerico  
en el pecho del rey el puñal hunde?

No: jamás! yo le adoro. Mi venganza  
puede darle la muerte... Que denuncie  
á Sijerico... ¿Denunciarlo? ¡Nunca!

Movido de mi grande pesadumbre  
su brazo y su valor me ofreció noble...

¿Denunciarlo? ¡Jamás! Las sombras cubren  
el horizonte: pálidas estrellas

con manto de dolor velan sus luces,  
retumba el trueno, con su fuego el rayo  
horror al alma y compasion infunde.

Ansío vengarme, y en las sombras temo  
que la venganza con su horror me abruma.

## ESCENA II.

REMISMUNDA.—THEOLINDA, *dormida*.—EURICO.

EURICO. Remismunda.

REMISM. ¿Quién llega? ¡Padre mio!

EURICO. Aún no reposas tu abrasada frente.

REMISM. ¿Reposar yo? Mi amante desvario  
tregua al dolor un punto no consiente;  
ni á mi eterno pesar, á mi amargura  
instantes de ilusion ni de ventura.

EURICO. Espera.

REMISM. Noche de continuo duelo,  
de celos y dolor lúgubre dia,  
horas de soledad y desconsuelo,  
penas, ansias, quebrantos y dolores,  
y un siempre de locura y agonía  
son la bella ilusion de mis amores.

EURICO. ¿Y al mirar la purísima azucena,  
que allí reposa en apacible sueño,  
no se calma lo agudo de tu pena  
del maternal amor con el beleño?  
¿Tu corazon no late de alegría  
si en tu pecho la oprimes?..

REMISM. ¡Hija mia!

EURICO. Esa palabra tu mortal quebranto  
debe calmar y tu doliente lloro  
de tan divino amor con el encanto.

REMISM. No: cuando al Hacedor sumisa imploro,  
mi Theolinda, mi dicha, mi tesoro,  
sus lágrimas confunde con millanto.

EURICO. ¿Ella llora tambien?

REMISM. Plegaria pia  
con labio balbuciente á Dios dirige:  
procura consolarme, el alma mia,  
y el pecho de una madre mas aflige.  
Recuerda las caricias de su padre,  
y por él me pregunta.

EURICO. ¡Infeliz madre!

REMISM. ¡Infeliz! y los ángeles del cielo

envidiarán, celosos, mi ventura.  
¡Infeliz! y cruzara en raudo vuelo,  
signo de luz la celestial altura,  
si el esposo y el padre comprendiera  
lo intenso de mi amor.

EURICO. Espera, espera.

REMISM. ¡Esperanza falaz! Escucha, anciano,  
y compadece mi dolor violento.

EURICO. Habla.

REMISM. Aquí.

EURICO. ¿Qué?

REMISM. Al monarca mire ufano...

EURICO. Prosigue.

REMISM. Desgarrarse mi alma siento.

Al Rey ví, que radiante de contento,  
besaba á mi rival la blanca mano.

EURICO. ¡Infeliz!

REMISM. Y en su labio tembloroso  
cuanto tiene el amor de tierno y puro  
escuché: la adoraba, amante esposo,  
y...

EURICO. ¿Tú misma le viste?

REMISM. Yo, lo juro.

Pero de la rival que me provoca  
toda la sangre beberé.

EURICO. ¿Estás loca?

REMISM. ¿No es ella la que aparta de mi lado  
al hombre que me amó con fé sincera?  
¿No es ella la que el alma me ha robado  
de quien mi único bien, mi dicha era?  
¿No es ella quien el llanto ha derramado  
de mi Theolinda, en fin?

EURICO. Espera, espera.

REMISM. ¿Es tiempo de esperar?

EURICO. Sí.

REMISM. Padre mio,  
hablad. Si con palabras de consuelo  
mitigais mi dolor, hondo y sombrío,  
un ángel, para mí, seréis del cielo:  
pues por mas que en horrenda lid batallo,  
motivo de esperanza jamás hallo.

EURICO. Escucha, y graba bien en tu memoria  
lo que voy á decirte: mucho afana

el godo por volar á la victoria  
y un obstáculo encuentra en la romana.  
Sus iras crecen, su salvaje encono,  
y llegan rebramando al pié del trono. ✓

REMISM. ¿Y qué puedo esperar?

EURICO. Que el rey movido  
con el airado son de mil clamores,  
preste al ruego y la queja atento oido:  
que á Placidia dejando y sus amores,  
á la esposa infeliz, que pena y gime,  
con amor pague su pasion sublime. ✓

REMISM. ¿Y quién por mí, señor, al Rey mi esposo  
osará interesar?

EURICO. Yo.

REMISM. ¿Tú? ¿su ira  
arrostrarás por mí?

EURICO. Sí.

REMISM. ¿Valeroso  
no temerás su enojo?

EURICO. ¿La mentira  
alguna vez mi labio...?

REMISM. No... dudoso  
en árido arenal la fuente mira  
el sediento una vez, y otra la arena  
toma por arroyuelo cristalino.

EURICO. ¿Dudas?

REMISM. No: di al monarca mi honda pena.  
En tus manos entrego mi destino,  
en su pecho cruel mi pasion grava,  
y á tus piés me verás como una esclava. ✓

EURICO. Todo lo intentaré.

REMISM. Señor, alcanza  
mi lacerado corazon sosiego  
á tu voz, y mi espíritu esperanza.  
¿Pero el monarca atenderá mi ruego?

EURICO. Sí. Oigo pasos, retírate, hija mia,  
y en lo sagrado de tu causa fía. ✓

(Remismunda se entra en su aposento dejando á  
su hija en la escena; Eurico se dirige á la cámara  
del Rey y este se presenta en el dintel.)

### ESCENA III.

ATHAULFO.—EURICO.—THEOLINDA, *dormida colocada de modo que el rey no pueda verla.*

EURICO. Señor.

ATHAUL. Ilustre anciano, ¿aquí te encuentro, ya que cerradas miro esas salidas, y con paso veloz la noche avanza para entregar su cetro al nuevo día?

EURICO. Bien sabes tú, señor, que de esas puertas esta llave la entrada facilita: y justo es, si tú velas, que yo vele junto al tálamo real.

ATHAUL. Mucho me obliga tu lealtad, noble Eurico, cuando cercan mi palacio traidores, y á porfía, para mi trono hundir y mi corona arrancarme, mil pérfidos conspiran: en todo su valor estimo, anciano, tu lealtad, tus desvelos y tus fatigas.

EURICO. ¿Y sabiendo que solo á tu servicio consejo y brazo el servidor dedica, que al esplendor del trono y del monarca á la felicidad lleva sus miras; oirás benignamente los consejos que su amor y lealtad, señor, le dictan?

ATHAUL. ¿Tienes que hablarme?

EURICO. Sí.

ATHAUL. ¿Nuevas traiciones tramam contra mi trono?

EURICO. Una noticia circula, que debiera en el secreto algun tiempo quedar.

ATHAUL. Anciano, díla.

EURICO. Solo tú y yo, señor, saber debimos que el general romano su aguerrida hueste, á marchas forzadas adelanta, salvando del Pirene la alta cima. Solo tú y yo, señor, saber debiéramos,

que los pasos siguiendo á la Latina hueste, contra los Hunnos y los Vándalos combatirá tambien la nuestra invicta.

ATHAUL. ¿Y quién pudo?

EURICO. Vernulfo solamente pudo traicion hacernos.

ATHAUL. ¿Y respira?

EURICO. En estrecha prision guardado queda del monarca esperando la justicia.

ATHAUL. ¿Ha confesado su tremendo crimen?

EURICO. En negarlo, señor, firme se obstina.

ATHAUL. ¿A quién pudo decirlo?

EURICO. Es un misterio.

ATHAUL. ¿Por quién á tí llegó?

EURICO. Por la continúa queja, que los guerreros no recatan, y aun con ruda altivez fieros publican.

ATHAUL. ¿Qué quejas dan?

EURICO. Se niegan bravamente á bañar en su sangre las campiñas de los Vándalos, Hunnos y Suevos.

ATHAUL. Marcharán á la lid: necios meditan esclavizarme á su poder, conozcan que á un hombre con valor no se esclaviza.

EURICO. Repórtate, señor; y aunque merezca mi franco proceder las reales iras, un consejo he de darte: con él clavo mas en mi corazón punzante espina.

ATHAUL. Anciano, ya te escucho.

EURICO. Los guerreros por instantes, señor, fieros se irritan, y, como opaca nube, lanzan rayos présagos de trastornos y desdichas. Podrás parar con diques el torrente que bramando á tu trono se aproxima; pero caerán los diques desplomados y quedarás envuelto entre sus ruinas. Conozco tu valor: sé que pretendes civilizar el pueblo que acaudillas; mas ¡ay! tambien del sufrimiento godo se llena fácilmente la medida. No basta que pretenda un rey ilustre de su pueblo labrar por sí la dicha, es preciso que el pueblo la conozca

y que esté bien dispuesto á recibirla.  
Esclavo del romano te contemplan;  
muchos presumen que tu diestra invicta,  
cansada de blandir potente acero  
en ocios de placer se debilita,  
y el respeto que al héroe profesaban  
del monarca pacífico retiran.  
El valor es prudente, temeraria  
es mil veces y mil la cobardía,  
y no será de reyes el modelo  
quien siempre al voto general resista.  
Guerra piden los gefes contra Roma;  
la ocasion, no lo dudes, es propicia:  
en vez de unir tus huestes á Constancio  
únelas á esas gentes peregrinas,  
que abandonaron sus incultas selvas  
de tribus mas guerreras perseguidas.  
Tu voz escucharán: gruesas falanges,  
ansiosas de venganza y de rapiña,  
se unirán á tu hueste: del romano  
el paso detendrás; y en sangre tinta,  
como brilló en las Galias, rey valiente,  
brillará en las Españas tu cuchilla.

ATHAUL. Basta, Eurico: no es sábio ni es honrado  
quien friamente aconseja una perfidia.

EURICO. Castígame, señor; mas no desoigas  
la voz de mi lealtad. Piénsalo, envía  
al general romano un mensajero:  
dile: que la paz rota, se aperciba  
á la lid, que tu diestra armipotente  
de la diestra de Honorio se retira:  
y porque nada quede del romano  
el mensajero llevará á Placidia.

ATHAUL. ¿Qué has pronunciado, Eurico?

EURICO. Que los godos  
ven, con justo dolor, triste, marchita,  
la hermosura salvaje de una hermana  
mientras Gala...

ATHAUL. ¡Silencio, no prosigas!  
Tú solo eres traidor, tú: tú, tú solo  
de mi felicidad tienes envidia.  
Tú solo eres traidor, eres cobarde:  
tú, fiero de los bosques, te encarnizas

contra una mujer débil, blanca rosa  
que al blando soplo matinal vacila.  
Tú solo eres traidor; tú no eres hombre:  
tu ancianidad, tus canas me lastiman;  
y no lavo mis manos en tu sangre,  
por el temor de no encontrarla tibia.

EURICO. Señor, escucha.

ATHAUL. ¿Mi furor no temes?

EURICO. Si no atiendes mi voz.

ATHAUL. No quiero oirla.

EURICO. Quizá la muerte si desoyes.

ATHAUL. Venga,

pero librame al menos de tu vista.

EURICO. Escúchame, señor.

ATHAUL. Huye.

EURICO. A tus plantas,

y abrazando sumiso tus rodillas,

nuevamente te ruego.

ATHAUL. Basta, Eurico.

Levántate, ¿qué dudas? ¿qué vacilas?

*(Cogiéndole del brazo.)*

Franca tienes la puerta.

*(Abriéndole la que le dió entrada.)*

EURICO. Escucha.

ATHAUL. Anciano,

tigre harás al leon si así lo irritas.

EURICO. Mátame y oye.

ATHAUL. *(Echándolo de la escena.)*

Nunca.

EURICO. Tus guerreros...

ATHAUL. Son los reptiles que mi planta pisa.

*(Cerrando la puerta.)*

## ESCENA IV.

ATHAULFO.

¿Con ira contra mí su voz levanta,  
traidor tambien, el venerable anciano?  
¿Por qué tanta altivez, bravura tanta?  
Pucs si á una sierpe acarició mi mano,  
hundirse la veré bajo mi planta.

Vengan á mí cobardes y traidóres:  
ni el ciego encono ni sus iras temo:  
no detendrán mi paso sus furoros:  
antes que renunciar á mis amores  
pondré en sus manos el poder supremo.

*(Pausa. Viéndola.)*

¿Mas qué miro? ¡Theolinda! cuán tranquila  
duerme del sueño en maternales brazos:  
las lágrimas no empañan su pupila:  
no tiene un pensamiento que aniquila,  
ni siente el corazon hecho pedazos.

¡Feliz edad! ¡Qué cándida, qué hermosa  
apareces con mística alegría!

Me encanta tu sonrisa candorosa,  
que los pétalos mueve de una rosa.

Descansa sin afanes, hija mia.

*(La besa y se aparta.)*

¡Gala! ¡Gala! por tí, que no me amas,  
cerré mi pecho á paternal ternura.

Es mi amor para tí, feroz locura.

Cada vez mas mi corazon inflamas.

¡Fatal! ¡fatal poder de la hermosura!

## ESCENA V.

ATHAULFO.—REMISMUNDA.

REMISM. Señor.

ATHAUL. ¿Quién interrumpo?

REMISM. Yo; tu esposa.

ATHAUL. ¿Qué pretendes?

REMISM. Tu amor.

ATHAUL. Tenaz porfia.

REMISM. Si en las frondosas selvas fui tu rosa  
y en rústica cabaña tu alegría,  
¿por qué no amar á quien llamaste hermosa?

ATHAUL. Déjame por favor.

REMISM. Cuán inocentes  
las floridas praderas recorrimos,  
siguiendo los arroyos transparentes!  
¿Cuántas veces, recuérdalo, ceñimos  
de laurel y de rosas nuestras frentes!  
El laurel para tí, porque guerrero  
te embriagaba, recuérdalo, su aroma  
y un alazan ansiabas y un acero;  
las rosas para mí, pues di paloma  
nido de flores á mi amor primero.

ATHAUL. Remismunda.

REMISM. ¿Recuerdas cuando armado  
del arco tosco y la veloz saeta  
me presentabas el faisán pintado,  
y reposo tomabas á mi lado?

ATHAUL. Nada recuerdo.

REMISM. ¿Cuando á tí sujeta  
por un oculto lazo, te seguía  
sobre barca veloz en la laguna,  
y con amantes brazos te ceñía  
á la brillante luz de hermoso día,  
ó al pálido fulgor de blanca luna?

ATHAUL. Basta.

REMISM. No basta, no: con rudo ceño  
me desprecias, cruel, mas no parece  
mi amor, al contemplar tu duro empeño,

y á medida que crece tu desdén,  
para darme la muerte, mi amor crece.  
Bien sé que á otra idolatras, que al olvido  
me has dado, que, en mi misero abandono,  
ni un recuerdo de amor he merecido:  
que has tu diadema á otra mujer ceñido,  
arrojándome, ingrato, de tu trono.  
¡Cuánto sufro por ti! cuánto suspira  
en el silencio y soledad mi alma,  
ya ardiendo en celos, ya tronando en ira,  
ya codiciando la perdida calma!  
Mas olvida mi enojo, esposo. Mira,  
si bajas hasta mí tus dulces ojos,  
si palabras de amor oigo en tu boca,  
si arrancas de mis celos los abrojos,  
soy amante tan tierna, estoy tan loca,  
que acabarán al punto mis enojos.  
Besaré sollózando tus megillas,  
enlazaré mis brazos á tus brazos,  
y anudando de amor los rotos lazos  
dejaré de adorarte de rodillas  
para morir de amor en mil abrazos.  
(Intenta abrazarlo.)

ATHAUL. Aparta, Remismunda; las memorias  
que mas inflaman tu entusiasmo ardiente,  
aleja, te lo ruego, de tu mente.

REMISM. Ellas son mis consuelos y mis glorias,  
mi vida, y en tus brazos...  
(Intentando de nuevo abrazarlo.)

ATHAUL. No: detente.  
Nada nos une, nada. ¿Quién diría  
que con ruego importuno?..

REMISM. Lazo eterno  
nos acerca, señor.

ATHAUL. ¡Tenaz porfía!

REMISM. Nuestro pasado amor.

ATHAUL. Es un infierno.

REMISM. Nos unirá por siempre la hija mia.

ATHAUL. Remismunda.

REMISM. Tu pecho conmovido  
de paternal amor, revela al padre,  
y á mi súplica al fin darás oído.

ATHAUL. No.

- REMISM. (*Llevándole al lecho de Theolinda.*)  
Un ángel nos espera aquí dormido,  
y yo, que te suplico, soy su madre.  
No soy yo quien te ruega, es nuestra hija,  
pura flor cuyo cáliz no colora  
cuando despunta su risueña aurora.
- ATHAUL. (*Conmovido.*)  
Remismunda.
- REMISM. Perdona que te aflija.  
Por su padre, por tí, Theolinda llora.
- ATHAUL. (*Violentándose.*)  
No mas.
- REMISM. Por ella solo, sí; por ella  
llega hasta tí mi doloroso ruego.  
Cuenta un lustro no mas; es dulce, bella,  
y á los cielos dirige su querella,  
y derrama á su edad llanto de fuego.
- ATHAUL. (*Con dureza que oculta su emocion.*)  
¡Basta!
- REMISM. No basta, no; ¡por la romana  
llorar con tierno llanto el amor mio?  
¿Marchita de dolor mi flor temprana  
por Placidia mirar? en tigre hircana  
me cambiará mi ardiente desvarío,  
Tú no puedes hacerlo, tú no quieres  
infamia cometer tan vergonzosa.  
Theolinda es hija tuya, soy tu esposa.
- ATHAUL. Adoro á Gala.
- REMISM. Mónstruo horrendo eres.
- ATHAUL. Y Placidia es tan dulce tan hermosa.
- REMISM. ¡Ah!

## ESCENA VI.

ATHAULFO.—REMISMUNDA, *que separándose de Theolinda se adelantan en el proscenio.*—SILERICO, *que aparece en la puerta de las habitaciones de Remismunda, y se oculta rápidamente.*

ATHAUL. Recuérdala bien: brilla en sus ojos  
del mas radiante sol puro destello:  
baja en pulidas trenzas su cabello,

templo dan al amor sus lábios rojos,  
y la mano de amor formó su cuello.  
Su rostro virginal es rosa y nieve;  
su voz es á la par dulce y sonora;  
su talle esbelto en suma, su pié leve...

REMISM. ¡Por piedad, por piedad!

ATHAUL. Todo conmueve.

REMISM. ¡Por piedad, por piedad!

ATHAUL. Todo enamora.

REMISM. *(Con amarga ironía.)*

Sí, lo comprendo bien; es la hermosura  
de esa fatal mujer radiante llama  
que en las aras de amor destella pura;  
que aumenta cada instante tu locura,  
que mas y mas tu corazon inflama.

¡Oh! lo comprendo bien: motivos tantos  
tengo, rey de los godos, para... amarla,  
que cuento sus sonrisas y sus llantos,  
conozco uno por uno sus encantos,  
y yo tambien pudiera retratarla.

Una rosa de cándido atavío,  
lo confieso sin pena, en Gala tienes;  
pero solo consigues su desvío.

ATHAUL. Y crece mas y mas el amor mio  
á medida que aumenta sus desdenes.

REMISM. *(Con furia.)*

Y á medida que crezcan tus amores  
la mujer crudamente desdeñada  
estremará sus iras y furores.

ATHAUL. *(Dirigiéndose á su cámara.)*

Basta.

REMISM. *(Furiosa.)*

Y el pago dando á tus rigores...

ATHAUL. *(Volviéndose.)*

¡Qué intentas en tu delirio?

REMISM. *(Con disimulado sarcasmo.)*

Nada.

## ESCENA VII.

REMISMUNDA.—SIJERICO.

REMISM. ¿Soy la esclava? ¡la esclava yo! Athaulfo,  
en breve de tu amor los lazos rotos  
contemplanté.

SIJER. Y en breve, Remismunda,  
quedarán satisfechos tus enojos.

REMISM. ¿Me vengarás?

SIJER. Al Hacedor levante  
su corazon la pèrfida y sus votos.

REMISM. Corre á vengarme.

SIJER. Espera: en blandó sueño  
no estarán, Remismunda, y es forzoso  
esperar.

REMISM. Cada instante de tardanza  
aviva mas y mas el mortal tósigo  
que arde en mi corazon.

SIJER. Nada recedes :  
nuestro triunfo mayor y nuestro gozo  
será. No temas nada: les contemplo  
los brazos enlazados, y los rostros...

REMISM. ¿Los rostros de los dos?

SIJER. Sí, hermana mia.

Y los cabellos ásperos y broncos  
del Rey con la de Gala confundidos,  
que manto de crespon cubren sus hombros.

REMISM. Mátala, Sijerico.

SIJER. Tambien veo  
el blando palpitar y los contornos  
delicados de Gala; de Athaulfo  
miro el semblante varonil y toseo,  
y en el afan de interrumpido sueño  
su aliento escucho entre cortado y ronco.

REMISM. Mátala.

SIJER. Sí; ya miro su cadáver,  
el lecho miro con su sangre rojo,

la lenta convulsion de la agonía,  
demudada su faz y yerto el tronco.

REMISM. *(Aterrada.)*  
¡Sijerico!

SIJER. Ya es tiempo, es media noche:  
y á consumir nuestra venganza corro.

REMISM. Detente.

SIJER. Remismunda.

REMISM. Fatal llama,  
que me hiela la sangre, arde en tus ojos,  
y...

SIJER. ¡No recuerdas el continuo ultraje?  
¡No piensas que con brazos cariñosos  
á Gala ciñe?

REMISM. Sí.

SIJER. ¿Que sus alientos  
se confunden?

REMISM. Sí, si.

SIJER. ¿Los ves absortos  
en éxtasis de amor?

REMISM. ¡Mátala, mátala!

SIJER. Morirá, Remismunda.

REMISM. ¡Pronto, pronto!

*(Sijerico entra en la cámara real, y cierra la  
puerta que encontró entreabierta.)*

## ESCENA VIII.

REMISMUNDA.

¡Oh, dentro está! me vengo, sí; me vengo.  
Sus pasos no percibo... nada oigo...  
Al tálamo nupcial sin duda llega  
como al fragil redil el rapaz lobo...  
La herirá, la herirá... pálido y frío  
presto estará de Gala el rostro hermoso;  
cárdenas sus megillas, sin frescura  
sus lábios de carmin... Ahora conozco  
el placer de vengarse.

## ESCENA IX.

REMISMUNDA.—EURICO.

- EURICO. Remismunda.  
¡Qué has visto?
- REMISM. (*Sobrecojida.*) Yo.
- EURICO. La duda y el asombro  
miro en tu faz.
- REMISM. Señor.
- EURICO. En mi camino  
hallo guerreros de semblante torbo;  
dudo, sospecho, con veloz carrera  
del régio alcázar la extension recorro,  
y franca de una bóveda sombría  
con creciente pavor la puerta noto.  
Entro por ella, mis pisadas torpes  
á lo lejos repite eco sonoro.  
A tus cámaras llego, con presteza  
las cruzo, no te encuentro allí, te nombro;  
y traiciones temiendo...
- REMISM. ¡Sospechais?
- EURICO. Sí, que contra el monarca rencoroso  
Sijerico.
- REMISM. ¡Sabeis?
- EURICO. Que la corona  
á su frente ceñir pretende loco:  
y que vengar la sangre de su hermano  
con la sangre del rey...
- REMISM. (*Golpeando la puerta.*)  
¡Cerrado! ¡Todo  
lo comprendo! ¡Traicion!

## ESCENA X.

REMISMUNDA, golpeando la puerta.—EURICO sobrecojido.  
—GALA PLACIDIA, que abriéndose la puerta, aparece  
con el cabello suelto y en el mayor desorden.

GALA. (*Amparándose de Eurico.*)  
¡Qué horror! ¡Salvadme!

EURICO. Habla, Gala.

GALA. No puedo: los sollozos  
me anudan la garganta.

REMISM. (*Delirante.*)

¡Y aun respiras!

GALA. Piedad... ¡El hierro ví!.. ¡Dale socorro!

EURICO. (*A Remismunda.*)

¡Quién pasó esos umbrales?

REMISM. (*Con voz sorda.*)

Sijerico.

EURICO. Corramos á salvarle.

## ESCENA XI.

REMISMUNDA.—EURICO.—GALA PLACIDIA.—SIJERICO, en el  
dintel de la cámara real con un puñal ensangrentado.

SIJER. Ya es ocioso.

REMISM. Esa sangre...

SIJER. La sangre de mi hermano  
paga la sangre del monarca godo.

## ESCENA XII.

REMISMUNDA.—GALA PLACIDIA.—SIJERICO.

REMISM. ¡Esa es su sangre?

SIJER. Sí.

REMISM. Yo, yo... Insensata,  
armé tu brazo, á tu furor hidrópico;  
abrí las puertas, entregué las llaves...  
(*Arrebatándole el puñal.*)

SIJER. ¡Maldicion sobre mí!  
(*Retrocediendo.*)

¡Detente!

REMISM. ¡Mónstruo!...

No tiembles, no... tu sangre venenosa  
no pretendo juntar, fuera un opròbio,  
á la sangre del rey. Yo fui la causa  
de su muerte; yo fui... Mi ciego encono  
la vida le quitó... Pues bien, yo debo  
vengar, muriendo, á mi infeliz esposo.  
(*Se hiere.*)

GALA. (*Sosteniéndola.*)

Eres madre.

REMISM. (*A Gala.*)

¡Theolinda!... Cuida de ella,  
y cuanto mal me has hecho te perdono.  
(*Cae muerta junto á su hija.*)

## ESCENA XIII.

Dichos.—EURICO.

EURICO. Murió... ¡Y ella tambien...

GALA. Si.

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Las gradas son para llegar al solio.

EURICO. ¡A hierro muere quien á hierro mata!

SIJER. ¡Calla!... Un cadalso me presenta el trono.

FIN.









**RARE BOOK  
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL**

PQ6217  
.T44  
v.30  
no.1-19

